



SECCIONES

EL TIEMPO

MI SUSCRIPCIÓN

INTERMEDIOS

MIS NOTICIAS

Regresar



Las huellas del conflicto, la minería y el cambio climático en los páramos del suroccidente



David Alejandro López Bermúdez
Periodista de Reportajes Multimedia

@lopezo3david

Aunque los ecosistemas en esta zona tienen menos transformaciones que los del centro del país, el aumento en las temperaturas de la región, la explotación minera, las difusas fronteras agrícolas y los grupos armados los han expuesto a afectaciones que pueden ser irremediables.

La zona es de contrastes. Típica de un ecosistema andino y tropical. Por momentos, hace un sol ardiente, intenso, que deja un ambiente seco. Pero en cuestión de horas, todo se nubla, se vuelve gris y llueve a cántaros. Es un paisaje único de este lado del mundo y del país. Es algo característico de la zona montañosa de Nariño y Putumayo.

Uno de los lugares que lo enmarca está en el Cumbal, justo metros abajo del cráter del volcán y con una laguna que refleja la majestuosidad del ecosistema. Para llegar hasta allí, hay que tomar varios transportes. El recorrido desde Pasto, la capital nariñense, toma al menos cuatro horas. La carretera, en varios sectores, permanece averiada por las lluvias — dicen los conductores— pero también por la falta de mantenimiento del Estado y las administraciones locales —aseguran los pobladores—.

No hay tantos turistas y ese se ha vuelto un problema para muchos, sobre todo después de la reactivación tras la pandemia de covid-19. La laguna de Cumbal está rodeada de una cadena montañosa que deslumbra en el casi nulo nevado del mismo nombre —para 1985, el deshielo en el ‘gigante del sur’ ratificó su sentencia—. Cuando está despejado, a lo lejos se pueden ver frailejones, propios del ecosistema de páramo. El lugar tiene tres puntos habilitados para que las personas se acerquen a la orilla. Cuando se habla con personas que viven en la zona, entre tantas dificultades —incluida la compleja situación económica—, hay una frase en la que coinciden cuando miran hacia el horizonte y señalan: “Hay que cuidar los páramos que son los que nos dan el agua, aunque muchos no lo sepan”.

“Mis abuelos les dijeron a mis papás y ellos a mí y yo les digo a mis hijos y a mis nietos que los páramos se cuidan”, asegura una mujer que pidió no ser citada. Ella es campesina y tiene una familia numerosa: unos trabajan en diferentes oficios en el casco urbano, otros hacen recorridos turísticos y unos más venden alimentos. “Acá hay muchos problemas. Desde lejos no se ve bien, pero por las montañas, detrás de ellas, o en medio, hay cultivos y minería, golpean la tierra. Y pues uno no justifica porque es lo que a muchos les enseñaron y la única forma que tienen para conseguir la comida. También los cambios en la temperatura y los incendios los han afectado”, agrega.